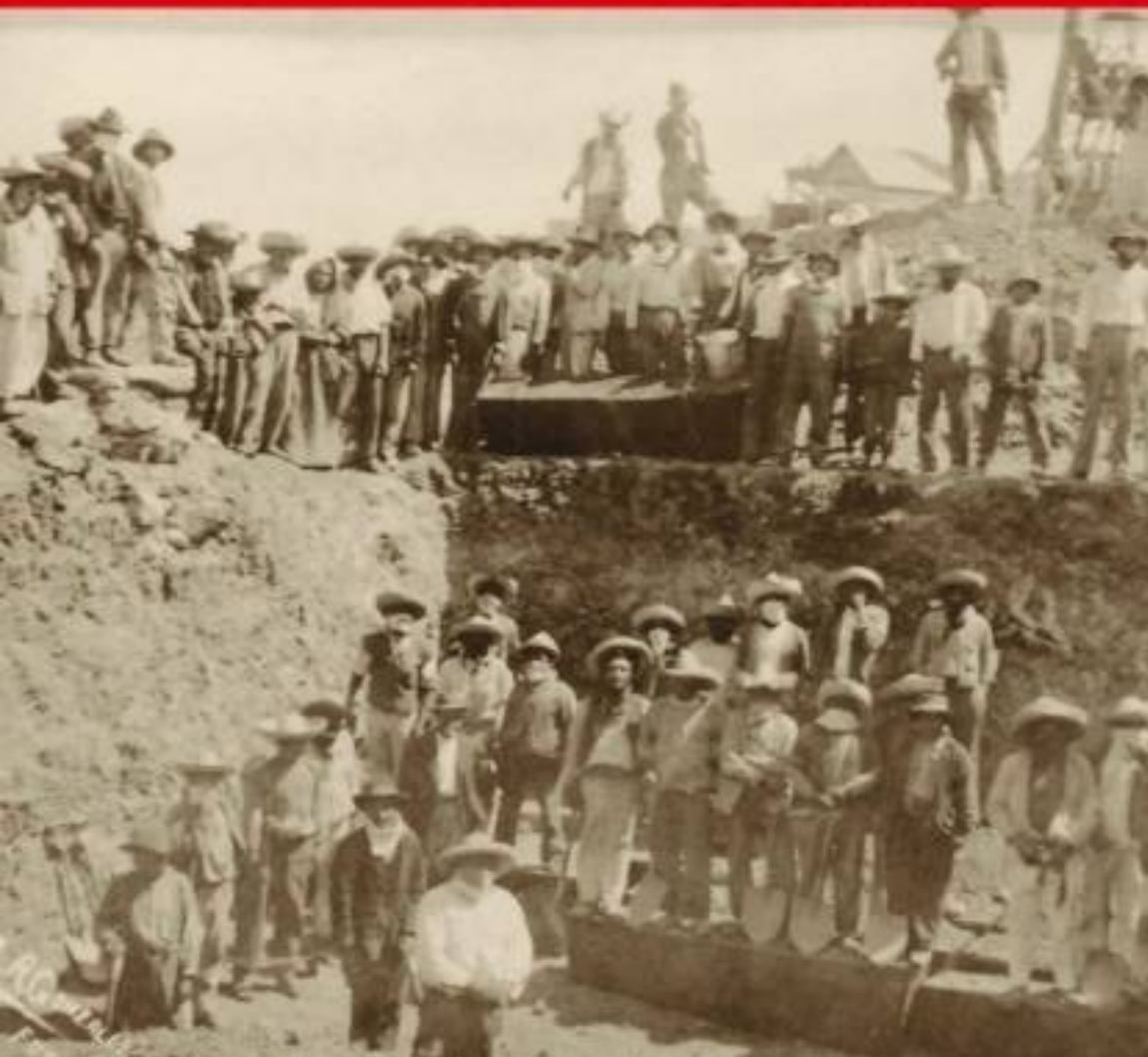


Yuri Herrera
EL INCENDIO
DE LA MINA EL BORDO



A las siete de la mañana del 10 de marzo de 1920 se declaró un incendio en la mina El Bordo, en el estado mexicano de Hidalgo. Unas horas más tarde se dio por terminada la evacuación y se cerró el tiro de la mina para favorecer la extinción del incendio, previa declaración por parte de autoridades, médicos y representantes de la compañía minera.

Seis días después se accedió de nuevo al interior para retirar los cadáveres: se calculaba que habían muerto unos diez mineros; sin embargo, una vez dentro, no solo descubrieron que había ochenta y siete cuerpos, sino que todavía quedaban siete trabajadores vivos. Un relato real fascinante.

Queremos agradecer al Archivo de la Casa de la Cultura Jurídica «Ministro Manuel Yáñez Ruiz» la cesión de la imagen de cubierta, reproducida por Heladio Vera.

EL BORDO

La mina El Bordo, perteneciente al distrito minero Pachuca-Real del Monte, estaba constituida por diez niveles, nombrados de acuerdo a la cantidad de metros de profundidad a la que se encontraban: 142, 207, 255, 305, 365, 392, 415, 445, 465, 525, 575. A ellos podía accederse por tres tiros: El Bordo, La Luz y Sacramento, este último perteneciente a la mina de Santa Ana.

El Bordo se incendió la mañana del 10 de marzo de 1920. Murieron, por lo menos, ochenta y siete personas.

Quedan pocos rastros de esa historia: el expediente judicial Pachuca 192066, algunas notas periodísticas y una placa metálica que habla de otra cosa. El expediente y las notas no son meros informes de los hechos, sino *fragmentos* de los hechos, son parte de la tragedia y de la manera en que se custodió su versión oficial. En esos textos aparecen hombres favoritos que no corrieran riesgo de ser rasgados ni con el roce de una pregunta, y hombres y mujeres que desde siempre estuvieron condenados. Pero también quedan los registros orales de los mineros y sus familias, que es como yo la conocí; y al menos dos crónicas, una de Félix Castillo, otra de José Luis Islas, y una novela de Rodolfo Benavides; todas escritas años después del incendio.

Este libro, como esas otras versiones, es una reticencia frente a la verdad jurídica que convirtió la historia en un episodio archivado. Pero ninguna de estas palabras es mía. Cuenta el incendio de El Bordo a partir de los nombres, fechas y acontecimientos en que coinciden esas versiones,

cuando es posible, y cuando no a partir de lo que me parece creíble; subrayo también algunas de las contradicciones y omisiones que hay en las fuentes de la época que contribuyeron a que subsistiera el silencio. El silencio no es la ausencia de historia, es una historia oculta bajo una forma que es necesario descifrar.

ESE DÍA

No sonaron las campanas que estaban ahí justamente para una ocasión como aquella, aunque según diría meses después el Agente del Ministerio Público sí funcionaban correctamente.

Hubo algunos que luego dijeron haber sentido por primera vez el humo desde las dos, pero quien dio la voz de alarma fue Delfino Rendón, que venía de limpiar unas tolvas en el nivel 415 a las seis de la mañana y acababa de extraer unos viajes de metal en el 525 cuando le llegó un olor desconocido y decidió subir y subir y al llegar al nivel 365 y acercarse al brocal del tiro percibió el olor a humo como de leña y que el nivel estaba muy caliente. No vio flamas de ninguna especie, ni necesitó verlas para saber que en algún lugar ya habían comenzado a lamer el tiro, entonces dio la voz de alarma. Que fue una acción, más que una voz, porque lo primero que hizo fue empezar a mandar los botes para sacar a la gente y luego dar aviso a los departamentos con teléfono para que avisaran a todos que ya, ya mismo, ya tenían que salir. Eso es lo que hizo, como corresponde a un hombre que se precie de serlo: mirar por sus compañeros antes de mirar por las máquinas o dilatarse en preguntar cómo es que aquello había sucedido. Y los botes subieron y bajaron como ocho veces trayendo cuando mucho diez mineros en cada viaje. Delfino siguió mandando los botes que se perdían entre la humareda insoportable que colmaba el tiro, y los botes subían otra vez, pero después ya subían sin gente.

El calesero Agustín Hernández diría luego que silbando las siete fue cuando comenzó el fuego muy fuerte. Pero tal vez las primeras llamas se prendieron mucho antes, o quizá eso es lo que delataba el humo que él percibió a las cuatro y media o cinco de la mañana, cuando se detuvo en el nivel 365, Sin embargo, al preguntarle al sotaminero Antonio López de Nava qué sucedía, este le respondió: «¿No ves que acaban de disparar? Por eso está el aire suelto». Y como se convenció de que, en efecto, debía de haber sido una voladura no prestó más atención hasta que a las seis de la mañana sintió el humo en el nivel 415, y subió al exterior para preguntar pero no le supieron decir. En ese momento el sotaminero del 525 José Linares pidió la jaula desde allá, Agustín bajó y en el camino sintió tan fuerte el humo al pasar por el nivel 207 que a punto estuvo de perder el sentido, pero llegó al 525 y se quedó con Linares y su gente hasta que pudieron sacar a casi todos en varios viajes.

Por su parte, Linares había pasado la noche trabajando en el rebaje con veintisiete hombres, a las seis había bajado al despacho del 525 para rendir su informe y fue entonces cuando él sintió el humo; desde ahí, el nivel 525, llamó al 415 pero nadie respondió.

También Edmundo Olascoaga sintió el humo hacia las seis de la mañana, después de pasar el turno de noche trabajando en los niveles 207 y 255 con noventa y cuatro hombres a sus órdenes. Estaba precisamente en el 207 cuando lo sintió, y bajó al 255 pero no vio nada; volvió al 207, lo recorrió y bajó por el tiro de La Luz hasta el 415, donde encontró a López de Nava, que quizá ya no creía, como una hora o una hora y media antes, que el aire estaba suelto por un disparo; subió con él al 305, donde el humo estaba más fuerte, y luego bajó al 392, «donde estaba el incendio» (eso dijo, pero no dijo por qué, y nadie más afirmó haber visto llamas ahí); y justo en el 392 se quedó López de Nava desconectando la cañería. Olascoaga subió de nuevo a la superficie, avisó al administrador White, baja-

ron juntos hasta el último nivel y al subir escucharon que López de Nava les gritaba, pero no se pudieron detener de tan violenta como subía la jaula. Para cuando, horas después, Olascoaga declaraba todo esto, aún tenía la esperanza de que López de Nava y sus hombres se estuvieran amparando en un socavón que comunica con la mina de Sacramento, porque después de que él y White salieran enviaron cuatro veces la jaula para que López de Nava escapara en ella, pero las cuatro veces volvió vacía.

Según J. F. Berry, superintendente de la Compañía, José Linares fue el último en salir. Lo que Linares dijo es que antes de sacar a su gente del 525 todavía alcanzó a llamar al 415 para avisarles, pero no le respondieron, y siguió llamando porque en ese momento, dijo, no sabía qué había sucedido con los hombres pero que todavía había tiempo para que salieran. Hasta que tuvo que dejar de esperar y se marchó con los suyos.

Fue el último en salir, pero no el último en Intentarlo, Todavía un Ingeniero de nombre Eduardo asneros dijo haber visto masa encefálica en una de las sogas de las chalupas; y jirones de ropa, seguramente de alguien que al ver la chalupa pasar intentó prenderla en su vuelta a la superficie.

Muy rápidamente concluyeron las autoridades que ya no había auxilio posible, aunque nadie supiera bien cuántos mineros quedaban dentro. Un representante de la Compañía llamado Silbert dijo que había cuatrocientas personas trabajando; luego que no eran cuatrocientas sino trescientas cuarenta y seis, de las cuales solo cuarenta y dos no habían podido salir. Pero a mediodía Berry suponía y declaraba y firmaba al margen que los muertos eran diez porque él había visto salir al último trabajador, de nombre Linares, y ahí mismo decía que el incendio ya se había apagado, aunque seguían escuchándose las detonaciones de los botes de carburo.

Que ya se había apagado, decía Berry en esa declaración a mediodía, y acto seguido explicaba que para lograr

«la completa extinción del Incendio» (aunque «ya se había apagados») cerrarían herméticamente el tiro de El Bordo, y luego cerrarían herméticamente el tiro de La Luz, y que cuando ya no hubiera nada de humo comenzarían a entrar por ahí para ver las consecuencias del fuego y levantar los cadáveres.

No está claro a qué hora decidieron que ya no había gente viva, pero a mediodía ya existía el plan de levantar como cadáver a quien aún estuviera allá abajo, El oficio en el que los administradores de la mina informan a las autoridades que se ha iniciado un incendio y que «se han tomado todas las medidas posibles» para su extinción no señala hora, aunque fue recibido a las once y diez de la mañana. En ese oficio todavía no hay mención a que han clausurado o están clausurando o van a clausurar la mina.

Aunque no haya hora oficial de cuándo cerraron los tiros con la gente adentro, sí hay un testimonio, recogido por uno de los reporteros de *El Universal*, a quien el minero Delfino Roldan dijo que nomás «veinte minutos después de estar operándose en la salvación de los mineros, de improviso los directores dieron la orden de suspender los movimientos y fueron cerradas las entradas de la mina. Esto significa que habrían sellado los tiros dando apenas las siete y veinte, antes de que muchos se percataran de que tenían que salir, pues el calesero Agustín Hernández, que era el encargado de meter y sacar a la gente, a las siete había confirmado que aquel olor era de fuego».

(Todavía tardarían días en saber exactamente cuánta gente quedó dentro y nunca se sabría cuántos ya estaban muertos para el momento en que se cerraron los tiros. Pero muy pronto se hicieron cuentas de lo que costaba tener cerrada la mina: dos días después del incendio, Mariano Sata, un ingeniero que administraba los negocios del dueño de la mina, Andrés Fernández —«potentado español» lo llama *Excélsior*—, dijo a *El Universal* que «no se trataba de un vulgar incendio en el interior de una mina, sino de un suce-

so muy grave, cuyas consecuencias no pueden ser medidas aún», pero por lo pronto aseguraba que de la mina se extraían catorce mil toneladas de metal por mes, con un valor de quinientos a seiscientos mil pesos, y que el trabajo no se regularizaría en, al menos, tres meses).

El caso es que cerraron los tiros a las siete y veinte, o a las diez, o a las doce, o a las cuatro. Y el juez Manuel Navarro ordenó que se iniciara una investigación, pero no de eso: no sobre quién cerró los tiros o a qué hora, o sobre los criterios que utilizaron los administradores para asegurarse de que ya los últimos mineros habían salido, sino sobre el origen del fuego. Ese es el propósito de la averiguación previa abierta a esas horas en las que podría haberse argumentado que lo más urgente seguía siendo cuántas personas continuaban vivas dentro de la mina. Pero la decisión de comenzar las investigaciones con ese otro objetivo se dio de manera casi natural, como el resultado de una secuencia de consultas racionales:

El Juez escuchó la exposición de Berry, y Berry escuchó a los doctores Manuel Asiaín y Guillermo Espínola, quienes dictaminaron que a causa de los gases carbónicos encerrados en la mina no podía esperarse que a las doce del día se mantuvieran con vida los operarios que hubieran quedado en el interior, pues «bastaban cinco minutos de estar entre esos gases para que hubieran muerto». Y autorizó que se cerraran los tiros, que probablemente ya habían sido cerrados. Así que era una mera duda académica si había diez o cuarenta y dos mineros muertos: a las doce del mediodía ya habían decidido que quienes quedaran abajo estaban todos muertos, porque ninguna otra cosa era posible.

Cuando seis días después abrieron las bocas de los tiros y entraron, como habían prometido, para levantar los cadáveres, no solo descubrieron que eran ochenta y siete, no diez ni cuarenta y dos, sino que en el nivel 207 había siete mineros vivos.

LA ESPERA

En una fotografía publicada el 12 de marzo en la primera plana de *El Universal* puede verse a cuarenta y ocho personas (quizá sean más: la imagen no es muy clara en algunas zonas). La mayoría son mujeres de rebozo acompañadas de niños con sombrero y niñas de rebozo también. Miran a la cámara, se ven muy serias. Ninguna de estas caras muestra las escenas de desesperación que menciona la nota que acompaña la fotografía. A los extremos algunos hombres miran también hacia la cámara, otros observan a las mujeres. El pie de foto dice: «Los que esperan frente a la mina ver salir a los suyos...».

En otra se ve, ante lo que parece la entrada a una mina, a varios hombres de pie, de perfil, de tres cuartos. Al centro y acucillado, con elegante sombrero, el reportero Jacobo Dalevuelta mira a la cámara. El pie de foto dice: «Jacobo Dalevuelta en la boca del infierno». (Las notas publicadas tanto en *El Universal* como en *Excelsior* están firmadas con seudónimo o por «el corresponsal» o por «nuestros representantes»).

En una más, alrededor de treinta hombres se apretujan para aparecer a cuadro. Apenas si puede distinguirse el rostro de algunos, de los que solo se ven la frente o el sombrero. Todos llevan sombrero, salvo los cinco al frente, que portan escafandras. El pie de foto dice: «El personal de salvamento».

En la edición del día siguiente *El Universal* publica más fotos de El Bordo. Hay una —dentro de un marco dibujado

a mano— en la que se ve a un hombre frente a tres caballos y un automóvil, El pie de foto dice: «Camino que conduce a la mina incendiada».

Otra, más pequeña, retrata a diecisiete hombres alineados en tres filas, mirando a la cámara. El pie de foto dice: «Los capitanes de El Bordo».

En una más se ve media docena de ataúdes. El pie de foto dice: «Los féretros para las víctimas».

También hay algunas fotos en el expediente judicial. La Suprema Corte de Justicia autorizó llevar un fotógrafo para que registrara la extracción de cadáveres. El secretario de acuerdos de la corte, J. J. Osorio, mandó un telegrama para comunicar el permiso al juzgado, «recomendándosele la mayor economía posible». El fotógrafo solo sacó cuatro fotos:

La primera es una de los sobrevivientes. Hablaré de ella más adelante.

La segunda fotografía es la de dos cadáveres en una habitación. La habitación tiene una ventana baja, y se advierten algunas cosas a la izquierda, cuerdas, probablemente; no es posible discernir para qué se utilizaba este cuarto en tiempos no catastróficos. Los cadáveres están en el suelo, pero solo en uno de ellos se distingue el rostro; no las facciones, *solo que es un rostro*. Del otro se ve el torso desnudo, pero no mucho más. Estos muertos son los «menos desfigurados» que pudo encontrar el fotógrafo. Hay dos hombres en cuclillas que miran a la cámara.

En la tercera fotografía hay dieciséis hombres de traje y sombrero rodeando a un rescatista, que es el único que parece esbozar una sonrisa. Se los ve circunspectos, serios pero no afligidos; uno de ellos fuma un puro. Están de pie frente a un malacate, miran a la cámara. Pareciera que están muy preocupados por salir en el documento oficial como hombres impertérritos que nunca pierden la elegancia a pesar de estar sobre una tumba ardiente. Al fondo del cuadro, a la derecha, hay otro hombre, un trabajador probable-

mente, también de sombrero pero no de traje, colado en la composición; se sujeta de la estructura del malacate, es el único que no está posando con el cuerpo rígido.

La última es una fotografía de la recién excavada fosa común y de los hombres que la han abierto. Se ve a veintiséis hombres dentro de la tumba. Todos llevan sombrero. Al menos en cinco de ellos se distingue una pala en las manos, dieciséis llevan tapabocas, dieciocho están de pie sobre los primeros ataúdes que ya han introducido en la enorme tumba. Afuera, en el borde de la fosa hay otros cuarenta hombres y una mujer, también mirando hacia la cámara, Ella lleva rebozo. Algunos hombres se cubren la boca con paliacates. Al fondo se ve el techo de dos aguas de un edificio de la mina. Al centro de la fotografía hay un ataúd amarrado con cuerdas a punto de ser bajado a la fosa. En esta foto no se distingue a los hombres elegantes de la fotografía anterior; este no es su lugar, esta no es su responsabilidad. A diferencia de los mineros que han cavado la fosa, ellos no se meten en ella ni siquiera para posar.

Ninguna es una foto espontánea, por supuesto, todas han sido producidas. En ellas la gente permanece tensa mientras la luz va guardándolos en la placa. Es la parálisis que requiere la máquina para que queden registrados; pero es una tensión engañosa, porque mientras la gente esperaba toda iba cambiando, las autoridades tomaban decisiones y la prensa hacía juicios y allá abajo unos hombres se descomponían y otros luchaban por su vida.

El día 12 abrieron la boca de la mina de Santa Ana, que conecta con El Bordo, para hacer un reconocimiento, Las galerías estaban cubiertas de cadáveres, apenas a la entrada hallaron cuarenta, y los rescatadores que entraron calculaban que podría haber más de cien. Era un cálculo imposible no solo por el estado en el que se encontraban los cuerpos, sino porque los exploradores debieron salir después de estar unos cuantos minutos. Era todavía tanto el humo con el que se toparon que aun con las escafandras

sintieron que los asfixiaban los gases deletéreos y salieron casi de inmediato. Volvieron a tapar la boca de la mina, pero esos minutos fueron suficientes para que el fuego se avivara de nuevo. También para comprobar con sus propios ojos que las bocas se habían cerrado cuando aún había gente dirigiéndose a la salida.

En esa primera incursión solo alcanzaron a extraer pedazos de hombres, o lo que sospechaban que eran pedazos de hombres, carbonizados y deshaciéndose, vestiglos contorsionándose de manera tan inverosímil que era imposible reconocerles forma humana. Hasta que era posible: hasta que al volver y volver y volver a mirarlos se reconocía la forma humana, horrorosamente, El reportero de *Excelsior* vio cómo «los yertos brazos de algunos se elevaban al cielo como pidiendo misericordia; otros cuerpos parecían arrodillados; los de allá semejaban haber quedado sin vida cuando arañaban las paredes en busca de la escalera salvadora, y otros, finalmente, tenían la dulce placidez del que muere sin darse cuenta de que la Parca ha dejado caer sobre ellos su hacha (sic) exterminados». Por alguna razón, una autoridad presente informó a la prensa que se trataba de dieciséis cadáveres, pero este número no fue confirmado posteriormente.

Se anunció que se reanudaría la extracción al día siguiente y el Alcalde bajaría a inspeccionar.

Pero no fue hasta el día 15 que personal del juzgado se apersonó de nuevo en El Bordo para la apertura de las bocas. Sin embargo, una vez que llegaron el Alcalde Donet y el Juez Navarro, Berry les dijo que Rose, Director General, y Lantz, el gerente de la mina, habían decidido que no se iba a abrir. Que había sido un error abrirla el día 12. Que la razón por la que la habían cerrado seguía siendo válida, y si la volvían a abrir el fuego se prendería de nuevo. Eso mandaban decir a las autoridades. Con Berry. Porque Rose y Lantz no fueron personalmente a comunicarlo a las autoridades. Mandaron el recado. Y el Juez, «considerando estas

razones», dijo que estaba bien y dispuso que entonces se abrieran las bocas al día siguiente, se dio media vuelta y se devolvió al juzgado.

Rose tomaba esas decisiones que la autoridad acataba y a pesar de ser alguien de esa importancia nunca, en ninguna parte del expediente judicial de la investigación sobre el incendio en El Bordo, nunca se consigna su nombre completo ni hay indicación de que haya sido llamado a declarar.

Hubo gente a la que le pasó por la cabeza la posibilidad de que de algún modo la Compañía pudiera ser responsable de la tragedia. Pero los periodistas enviados por *El Universal* y *Excélsior* se encargaron de descalificar esas sospechas y de señalar más bien a los mineros. El corresponsal de *Excélsior*, quien gustaba de ofrecer espontáneamente sus opiniones, decía de la Compañía que «si esta es culpable por descuido, lo que no se cree, será obligada a pagar una multa y a indemnizar a los deudos de los muertos. Esto último ya ofreció espontáneamente hacerlo la empresa».

También creía que, en realidad, a los mineros no les importaba mucho su propia vida: «El mundo de trabajadores que entraba y salía me veía con extrañeza, como preguntándose: ¿Acaso vale la pena que la muerte de unos cuantos hombres haga venir desde México a un periodista?». A José Linares, el minero que no salió hasta el final porque estuvo sacando a sus compañeras de uno de los niveles más profundos, el reportero le veía la boca y los rasgos y ese vistazo le bastaba para saber lo que sentía: «Sonríe constantemente y siente tal indiferencia por la vida como la que expresara en el banco del tormento nuestro ancestro Cuauhtémoc, "se parece a este". Ah. *Es que era indio*». Por eso el periodista podía afirmar categóricamente que su vida no valía nada, ni para él mismo.

El enviado de *Excélsior* había descubierto en su primera visita «la psicología de la población minera»: «Aquí, como en otros centros semejantes, las gentes están acostumbradas a tratar al tú por tú con la muerte. A nadie llama la